

CAYETANO Y LA FILOSOFÍA EN TIEMPOS DE DAVID SOBREVILLA

ALBERTO CORDERO LECCA*

A la “Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas” (como se llamaba Cayetano al principio) los alumnos ingresaban todos a medicina, su destino probable si lograban sobrevivir dos años formativos (“Premédicas”), que incluían cursos ciclópeos de ciencias básicas, psicología, humanidades, y ocho horas semanales de inglés, alemán, o latín. Favorecía el ambiente cultural que el primer rector fuera un médico-filósofo de renombre: Honorio Delgado, estudioso de la filosofía alemana, considerado el latinoamericano que mejor conocía la obra del psiquiatra existencialista y filósofo de lo circunvalente Karl T. Jaspers. Afable y civilizadamente, el Primer Rector se daba tiempo para mantener un cenáculo informal en el que se conversaba de cultura y que funcionó hasta su retiro en 1967. El catedrático de filosofía era Leopoldo Chiappo, cuyo curso (obligatorio) dedicaba un tercio del tiempo a temas relativos a la ciencia, en especial Claude Bernard y su obra clásica sobre la filosofía de la medicina experimental, que tenía admiradores sólidos entre varios de los médicos-científicos de la Universidad.

Antes de cumplir su primera década de vida, la Sección Premédicas pasó a formar parte de un programa más amplio (“Estudios Generales”), compartido por alumnos de nuevas facultades. El currículo de humanidades cedió espacio a la antropología y la sociología, pero mantuvo el curso de filosofía. Leopoldo continuó involucrado, aunque entre 1969 y 1978

* Profesor honorario de la universidad, vinculado a ella desde su ingreso a premédicas en 1966.

labores de asesoría al gobierno militar lo alejaron de la cátedra. La filosofía no perdió presencia, sin embargo, pues a principios de los 70 Francisco Miró-Quesada Cantuarias (“Paco”) y David Sobrevilla empezaron una fructífera relación con Cayetano, la cual pocos años después llevaría a la apertura de un programa de bachillerato en filosofía. Paco, reconocido en la escena mundial como un pensador prominente, estaba de vuelta en el país luego de varios años como embajador en Francia. Por su parte, David regresaba de la prestigiosa Universidad de Tubinga en Alemania, donde se había doctorado en filosofía. El curso de introducción, que continuaba siendo obligatorio para todos los alumnos, se potenció notablemente.

En esos años Cayetano era un centro con discernible ambiente científico-cultural, dirigido mayormente por médicos no practicantes, muchos de los cuales habían derivado hacia las ciencias biológicas—“médicos humanistas” los llamaba Paco, refiriéndose en particular a Enrique Fernández, Alberto Cazorla, Carlos Monge (“Choclo”) y Ramiro Castro de la Mata. Se fomentaba la cultura científica amplia y la “visión de conjunto”, misión que la Universidad extendía a la comunidad a través de cursos abiertos al público, en colaboración con municipalidades distritales (especialmente la de Miraflores). Un ciclo muy recordado, hecho con repercusión y éxito en 1972, se llamó “Del Pez al Filósofo”, cuya sesión final, dedicada al pensamiento filosófico, estuvo a cargo de Paco.

Había considerable entusiasmo por las ideas en muchos profesores y estudiantes. A nivel de departamentos académicos, en esos años el que más acogía actividades filosóficas libres era quizás el de Física y Matemáticas. Por el lado de los estudiantes, los más incumbidos cursaban programas de

magister en bioquímica y otras áreas de la biología, entre ellos Ernesto Freire, Guillermo Romero, Héctor Cornejo, y Lucho Parodi, atentos a la oferta de cursos y seminarios que ahora se llamarían “de fusión”. Tales actividades no conllevaban créditos ni controles para los asistentes, tampoco remuneración alguna para los expositores, pero mantenían un núcleo confiable de concurrentes en el Local Central, a pesar de la sobrecargada agenda de sus integrantes, en particular Guillermo (en aquellos tiempos socialista jovial, crónicamente al borde de desayunar gratis en la comisaría, por repartir volantes trotskistas y responder a la autoridad policial con citas de Los Cantos de Maldolor—bueno es precisar).

Una de las primeras actividades con este grupo fue un curso informal que en 1971 ofreció Paco sobre filosofía de la ciencia, muy aclarador y que abrió pautas duraderas en la facultad. Lo siguió un ciclo heroico, a cargo de David, sobre *La Fenomenología del Espíritu* de Hegel. Era un reto de envergadura. La iniciativa surgió en discusiones de cafetería acerca del progreso en la filosofía y el arte, que finalmente animaron a David a armar una serie dirigida a “científicos”. Las sesiones semanales, programadas al mediodía, contaron con buen público, estando entre los regulares varios profesores: Paco Miró-Quesada de filosofía y humanidades, Hildebrando Luque y Alberto Cordero-Lecca (ACL) de física y matemáticas; así como varios estudiantes del magister en bioquímica, en especial Ernesto Freire, Guillermo Romero y Héctor Cornejo. David se había impuesto la misión (en retrospectiva, inverosímil) de hacer entender a mecanicistas y evolucionistas darwinianos una obra cumbre del evolucionismo romántico.

La Fenomenología es uno de los textos más oscuros de Occidente. Con

intrepidez germánica Hegel despliega la aventura del Espíritu Universal, hablando de los diferentes estados de conciencia a través de los cuales el Espíritu se manifiesta y auto-conoce, primero en un estado de mera vigilia dirigida totalmente hacia fuera, que luego madura hacia estados sucesores, en un proceso dialéctico en el cual cada nivel de conciencia contiene contradicciones que conducen a la necesidad de su superación, ascensión que culmina cuando cesa la separación entre el mundo interior inmutable y el mundo exterior mutable, y el sujeto experimenta el universo como expresión de su propia conciencia, identificándose con lo que Hegel llama “el Espíritu Absoluto”. Compréndase que, ante revelaciones de este nivel, resultaba natural entrar en estado de estrabismo, sobre todo para los científicos participantes, pocos de los cuales encontraban la odisea hegeliana afín a la racionalidad científica moderna, incluso los simpatizantes marxistas presentes (en su mayoría bioquímicos). Tales pormenores dificultaron el diálogo en estos almuerzos disfrazados de concilios, en los que Hegel seguramente no recibió trato justo por parte de la concurrencia. A varios niveles, sin embargo, la serie fue un éxito. La Fenomenología quedó poco clara, pero las claves divulgadas por David resultaron reveladoras, y al final se aprendió mucho durante ese semestre. Fascinaron de modo especial sus comentarios sobre la libertad, el progreso moral, y el desarrollo de la sensibilidad estética—este último, por cierto, era uno de los temas favoritos de David. Sobre estos y otros asuntos se conversó profusamente fuera de clase, con participación de interesados supernumerarios, como Enrique Fernández (proselitista clandestino de Paracelso y Claude Bernard en Lima), Lucho León Herrera, y Leopoldo Chiappo (por entonces en el directorio del proyecto de reforma educativa y por tal razón rara vez en la universidad).

Como Jaspers y otros pensadores alemanes, David veía en el quehacer filosófico una búsqueda de saber al nivel más radical posible, dirigida a orientarnos en el mundo, tanto intelectualmente como de modo práctico. En conversaciones con él sus pensadores de mayor referencia en los 70 eran normalmente Marx, Husserl y Heidegger, aunque David mostraba apertura hacia otras tendencias de la filosofía, incluyendo la llamada “escuela analítica”. Gran conocedor de la historia del arte, David disfrutaba explicando las categorías que los pensadores del siglo XIX habían usado para discutir sobre lo bello y su relación con el arte. Una reedición del *Tristan und Isolde* de Covent Garden, que Wilhelm Furtwängler había grabado en 1952 con Kirsten Flagstad en el papel de Isolda, ayudó a precisar discusiones esbozables sólo vagamente en el curso, por ejemplo sobre isomorfismos aparentes entre el “Preludio y Muerte de Amor” y la estructura diacrónica de la consumación sexual. En estas extensiones fuera de hora (y con frecuencia también día) abundaron las discrepancias, pero a David eso le gustaba. Los temas eran diversos. Entre las discusiones memorables, hubo una sobre la concepción de lo sublime a partir de Kant, otra sobre conexiones y divergencias entre las ideas de Hegel y la filosofía de fines de siglo XIX; también otra sobre la música de Wagner y la estética de Nietzsche, aparte de la ya aludida sobre el T&I. A veces las tertulias consiguientes trascendieron extramuros, incluyendo a uno o más colegas sanmarquinos, como Juan Bautista Ferro, Roque Carrión, Alvaro González Riesle ,y otros.

Entre 1971 y 1973 hubo también un rudimentario cine-arte. La oportunidad surgió cuando el Departamento de Física y Matemáticas resolvió compensar con películas educativas la deficiencia de sus equipos de

demostración experimental, contando para ello con materiales y un proyector de 16mm prestados por la embajada norteamericana. Algo mejoraron las clases de física como resultado, pero mucho más—al menos al mediodía—la calidad de vida en el Local Central, gracias al “cineclub científico-artístico” que la libre disposición de ese proyector hizo posible (la Universidad poseía un aparato, pero había que solicitarlo con semanas de anticipación, previo consentimiento de numerosos órdenes de burocracia). Aparte de exhibir documentales de calidad, la iniciativa sirvió para explotar la buena disposición y cinefilia de David, quien aceptó presentar y discutir muchas de las películas clásicas que la cinemateca de la Alianza Francesa y otras instituciones se animaban a prestarnos “para propósitos educativos”. En esos años la moda intelectualoide global era acusar a la “Tradición de Calidad” de alentar el inconformismo frívolo y devaluar el papel del director en favor de componentes “fugaces” como el tema, el guión y la fotografía. Pues bien, gracias a las introducciones de David, en este improbable círculo de Cayetano dicha tradición—representada por directores como Yves Allégret, Claude Autant-Lara, Marcel Carné, René Clément, Jean Delannoy, Julien Duvivier, entre otros—recibió críticas más ecuanímes y aclaradoras que en la mayoría de foros eruditos de la ciudad. Lo propio ocurrió con obras mayores de Jean Renoir, René Claire, Max Ophuls, Robert Bresson, y en cierto momento Luchino Visconti, Roberto Rosellini y Vittorio De Sica.

Las actividades proliferaban, pero el grupo de referencia era inestable. Casi todos los científicos jóvenes del grupo tenían planes de realizar postgrados en el extranjero. Los viajes empezaron en 1973. Las actividades informales disminuyeron, pero había

ya una “corriente” formada, los cursos de filosofía se expandieron, y el área continuó creciendo en el Departamento de Humanidades. Durante el rectorado de Enrique Fernández el interés logrado llevó a abrir una opción de bachillerato en filosofía a cargo de Paco y David, con apoyo docente de numerosos colegas de San Marcos y la Universidad Católica. La nueva oferta de cursos benefició también a los estudiantes de la Facultad de Ciencias (que pasó a llamarse de “Ciencias y Filosofía”), donde el núcleo curricular incluía una animosa dosis de cursos de humanidades.

El bachillerato en filosofía abrió en 1975 ofreciendo un nuevo enfoque, con David en filosofía general, historia de la filosofía (siglos XIX y XX), estética, filosofía política y ética; y con Paco en lógica, lógica filosófica, epistemología, y filosofía de la ciencia. En las actividades extracurriculares de la Universidad empezó a figurar de manera regular la filosofía. Con apoyo del Instituto Goethe y la embajada alemana David coordinó un sólido ciclo sobre la literatura germana, iniciativa que continuó durante el primer rectorado de Alberto Cazorla con otro, de éxito notable, sobre la filosofía alemana desde la Edad Media hasta el presente, y que dio lugar a un importante libro de repercusión nacional y latinoamericana. Estos logros facilitaron la organización de ciclos sobre diversos temas de interés filosófico, también con apoyo externo. A fines de los 70 se reincorporó a la Universidad Leopoldo Chiappo, tomando la jefatura del Departamento de Humanidades, donde pasó el resto de su carrera académica dedicado al estudio de la obra de Dante y la filosofía del Renacimiento. Otra reincorporación fue la de ACL, de regreso tras estudiar física nuclear y filosofía en Inglaterra, que permitió expandir el área de filosofía de la

ciencia en la Universidad. Al poco tiempo volvió también Guillermo Romero de los EEUU, abriéndose la opción de cursos de biología con componentes filosóficas en Cayetano.

Mantener el programa resultaba crecientemente difícil, sin embargo. El número de alumnos en el bachillerato de filosofía era reducido, de modo que las clases aprovechaban al máximo el interés existente en alumnos apuntados a otras opciones. Por otra parte, en la universidad empezaba a haber presión para optimizar los estudios profesionales, con consiguientes reducciones de los estudios generales obligatorios. Del lado progresista, David ganó una codiciada posición de investigador von Humboldt. En 1979 partió para Europa por dos años, pero dejó armadas importantes actividades, en particular una visita de Ernst Tugendhat, así como cursos, todo a cargo de José Muñoz, quien el año anterior había coordinado una apreciada serie sobre las ciencias, que dio lugar a un libro, *Las Ciencias Naturales y la Concepción del Mundo de Hoy*. En 1980 Paco retomó responsabilidades mayores en el diario *El Comercio*. El bachillerato en filosofía, imposible de prolongar, dejó de recibir alumnos a fines de ese año, aunque el Departamento de Física y Matemáticas logró mantener un currículo básico en filosofía e historia de la ciencia hasta 1983.

Entre las actividades subsiguientes destacaron los ciclos “Albert Einstein, Científico-Filósofo” (1979), “Perfiles del Hombre” (las concepciones del ser humano desde la física, la biología, la teoría de sistemas, la antropología, la historia, la sociología, el arte, y la filosofía, en 1981), “La Crítica de la Razón Pura” (1981), y “El Darwinismo: 1882-1982” (sobre los derroteros del concepto de selección natural, en 1982), y otros. También

hubo significativos cursos cortos y conferencias internacionales, recordándose especialmente las participaciones de André Mercier, Hilary Putnam, Georg H. von Wright, Mario Bunge, Ernst Tugendhat, Evandro Agazzi, Dudley Shapere, Ernest Sosa, y Rom Harré, entre otros. El curso de Putnam, en particular, concertó la atención de un amplio sector de las comunidades filosóficas y científica de Lima, dando lugar a encuentros y reuniones informales abrumadoras pero (por suerte) plácidas para el invitado, varias de ellas en el “museo de curiosidades” de Enrique Fernández. A modo de anécdota vistosa, durante las dos semanas que Putnam pasó en Cayetano, y en paralelo con su curso, el cordial profesor de Harvard encontró productivo ir todas las mañanas a pensar frente al mar, en la zona de los antiguos Baños de Miraflores (que había descubierto con la complicidad de Leopoldo). Allí completó su controvertida aplicación del Teorema de Lowenheim-Skolem a la posición que denominó “Realismo Interno”, según revela en su libro *Reason, Truth, and History*, publicado el siguiente año —donde, por lo demás, en el prólogo expresa efusivos agradecimientos a la Universidad, y a Paco, Enrique Fernández y Leopoldo. Este curso resonó con repiques en muchas instituciones limeñas. En parte como consecuencia, a los pocos meses se concretó un acuerdo informal de apoyo a un curso de “Cosmología” que había creado la Universidad de Lima para incluir en sus estudios generales una visión del pensamiento científico, su historia y metodología. Por dos años dicho curso contó con la participación de profesores de Cayetano, particularmente Alberto Cazorla, Enrique Fernández, Ramiro Castro de la Mata, Guillermo Romero y ACL.

Los tiempos eran de consistente actividad, pero también de “fin de fiesta”. La Universidad venía cambiando de orientación, por diversos factores. Uno, crucial para una entidad privada sin patrimonio adecuado, era la terminación del subsidio estatal. Otro era una creciente vocación de descentralización y autonomía en las diversas facultades, particularmente las de corte profesional. Un tercer factor, ya sugerido, era la ideología de agilizar las carreras a expensas de los estudios generales, que cada programa empezó a interpretar a su forma. La situación puede tratar de entenderse también, de manera más amplia, en retrospectiva. Quizá lo que empezaba a desintegrarse era una de esas convergencias contingentes sin probabilidad de perduración, en este caso de personas concretas y circunstancias sin más patrocinio que el del azar. Alternativamente, aprovechando alegorías cinematográficas de la fragilidad de los ambientes humanos, la universidad de las primeras décadas podría compararse tal vez con el asilo de locos entrañables dejados a su suerte por un corto lapso al final de la Gran Guerra en la película *Rey de Corazones* de Philippe de Broca. O, de modo más fino, decadente y generalizable, el fin de fiesta referido podría quizás ejemplificar tardíamente la transición —tan inevitable como innecesaria— del mundo de von Rauffenstein y de Boeldieu al mundo nuevo de Marechal y Rosenthal en *La Gran Ilusión* de Renoir. ¿Cuál es la mejor interpretación? Probablemente cada una de las aludidas enfatiza un ángulo significativo de la verdad (las explicaciones del mundo humano admiten superposición). Lo mismo vale para otras lecturas plausibles del caso.

La Universidad no discontinuó el programa de filosofía; simplemente

lo puso en suspenso. Cuando David regresó de Europa Cayetano había variado y el apoyo a las humanidades propiamente dichas se encontraba en situación inestable. Paco y David redujeron sus actividades académicas en la Universidad. En 1983 ACL pasó a los EEUU, donde ahora radica; similar rumbo siguieron la mayoría de los científicos de esa generación que habían regresado.

Desde la Universidad de Lima y luego otras instituciones, David orientó sus investigaciones a repensar la filosofía desde la perspectiva local, en busca de visiones enraizadas en la realidad de lo vivido. De modo complementario, robusteciendo un viejo interés, se dedicó a temas de la literatura latinoamericana, y de la filosofía política y la jurisprudencia, ocupando cátedras en diversas facultades de derecho en Lima.

En Cayetano los departamentos de Humanidades y de Física y Matemáticas mantuvieron activo hasta finalizar el siglo un programa llamado “Pensamiento Científico” a cargo de ACL. Éste funcionó tanto como fue posible (su mejor momento lo tuvo durante el decanato de Agustín Montoya) con apoyo de los profesores a cargo de filosofía, en particular Sandro D’Onofrio, y la ayuda de entusiastas estudiantes de ciencias, especialmente José Carlos Mariátegui. Las aventuras de ese programa son cuento aparte. Mientras tanto, en la Universidad la nueva fe en el la cosmovisión empresarial y la economía de libre mercado alteraba la realidad, simplificándola. Al comenzar el nuevo siglo el cultivo de las humanidades en Cayetano había cambiado de registro.